

MONTFORT Y EL BAUTISMO. NUESTRA VOCACIÓN BAUTISMAL Y EL COMPROMISO

MISIONERO MONTFORT Y EL BAUTISMO

Como vengo de Roma, os propongo comenzar imaginando estar en Roma el 6 de junio de 1706 en el palacio del Quirinal en la sala de audiencias con el joven sacerdote Luis María, que acaba de terminar su discurso dirigido al Papa Clemente XI. El Papa - nos informa el biógrafo Grandet - *«le dio la cualidad de "Misionero Apostólico"- para Francia - y le recomendó sobre todo enseñar bien la doctrina cristiana a los pueblos y a los niños, y hacer renovar por doquier el espíritu del cristianismo con la renovación de las promesas del bautismo»* (Grandet, Libro III, Ch. I). Volviendo de Roma a pie durante 4 meses, Luis María tuvo tiempo de reflexionar sobre esta consigna de Clemente XI y, sin duda, de experimentar una gran afinidad con las palabras del Papa: *hacer renovar por doquier el espíritu del cristianismo mediante la renovación de las promesas del bautismo.*

1. Su praxis bautisma

1.1. Fruto de una convicción personal

Todo el mundo sabe que el nombre «Montfort» proviene de la pequeña ciudad de Montfort-sur-Meu, cerca de Rennes en Bretaña, donde el 31 de enero de 1673 nació el que se convirtió en San Luis María de Montfort. En el hueco de esta pequeña ciudad se encuentra su «Casa Natal» y en esta casa hay una magnífica cerámica que representa la escena de su bautismo con todos los firmantes del **Acta Oficial** que data del 1 de febrero de 1673. Ya que Louis Grignion vivió muy poco en su pueblo natal, el artista (Alessandro LEIDI, SMM) destacó el acontecimiento de su bautismo.

En efecto, joven sacerdote, renunciando a su identidad civil, Luis María a partir del 1702 había cambiado su apellido «Grignion» por un nombre nuevo «de Montfort», ya **calificado por el lugar de su bautismo** y signo de la identidad más profunda que se reconoce: la de bautizado. Este gesto significativo de firmar «*de Montfort*» manifiesta la conciencia de la importancia de su Bautismo, pero también la superación de una nueva vida que tiende a la santidad.

Otro gesto que confirma la importancia que el sentido del Bautismo adquiere ahora en su vida es que hacia 1703 restaura en Poitiers, cerca de la catedral, el baptisterio de San Juan. Durante este mismo período en Poitiers sus recomendaciones a los habitantes de Montbernage a los que había dado la misión en 1705 (en los suburbios de Poitiers) muestran cómo el bautismo ya ocupaba un lugar importante en sus predicaciones: *«[...] Así no dejéis de cumplir y de practicar fielmente vuestras promesas de bautismo ... »* (LM, 2).

De regreso de Roma en 1707, Montfort se une al equipo de **Jean LEUDUGER**, director de las misiones diocesanas de Saint-Brieuc en Bretaña. Durante una decena de misiones, Luis María se inicia en los métodos y coopera en el programa de este gran misionero. Se sabe que el desarrollo de estas misiones daba paso a **una ceremonia de renovación de las promesas del bautismo**, renovación que todos estaban invitados a firmar. Sin duda, Montfort se enriqueció con esta experiencia. Sueña con una aventura misionera en la que pueda ser plenamente él mismo según sus aspiraciones apostólicas y las directrices recibidas de Clemente XI.

1.2. Su método: misiones parroquiales finalizadas por la renovación bautismal

El Libro de los sermones de Montfort, donde está marcado el orden de las predicaciones de una misión con varias series de planes de sermones, muestra que, durante sus misiones, el sábado se dedica habitualmente a la enseñanza sobre la Virgen santísima y sobre la renovación de las promesas del santo bautismo.

Este libro contiene también un lienzo de predicación *titulado Materia de predicación de una misión o de un retiro tomado de los votos del bautismo*. El desarrollo comprende 24 temas que desarrollan la fórmula *«Renuncio al demonio, a sus pompas y a sus obras, y me uno a vosotros, mi Jesús»*. Para Montfort, el bautismo y la renovación ya no son solo un elemento integrado en el desarrollo de la misión, sino que se convierten

en **su idea directriz**, el objetivo que le da sentido y en torno al cual se establece el programa, porque da sentido a toda la existencia cristiana misma.

1.3. Una renovación pública ... por las manos de María

En la cumbre de la misión se encontraba la ceremonia de la renovación de las promesas bautismales que precedía a la plantación de cruces y a la procesión final. Nuestro misionero ha querido darle un **carácter festivo y una amplitud excepcional**, para golpear los espíritus y grabarle el recuerdo en los corazones. Una verdadera celebración litúrgica y popular. La renovación tiene lugar en **cuatro tiempos** (cf. Grandet, pp. 101 y 395):

I) Al final de una grandiosa procesión, todos pasan ante el diácono que tiene abierto el **Evangelio**; cada uno se arrodilla y venera el Libro diciendo: «Creo firmemente todas las verdades del S. Evangelio de Jesucristo».

II) Entrando en la iglesia, pasan por delante de la **pila bautismal** donde los recibe un sacerdote; besando la fuente, cada uno renueva los votos con la fórmula: «*Renuevo de corazón los votos de mi bautismo y renuncio para siempre al demonio, al mundo y a mí mismo.*»

III) De allí se dirigen a un altar donde está el Padre de Montfort, sosteniendo en sus manos **su pequeña estatuilla de la Virgen**; cada uno la venera diciendo: «*Me entrego totalmente a Jesucristo por las manos de María, para llevar mi cruz siguiéndole todos los días de mi vida.*»

IV) Luego todos se dirigen de nuevo al baptisterio, para cantar «el gran credo»; después de lo cual Montfort retoma la palabra para comentar los «compromisos prácticos» que deben observar quienes han hecho la gestión de renovación, según el **«Contrato de alianza»**. Este «Contrato» llevaba la firma «L.M. de Montfort», a la que debía añadirse la del propio fiel (cf. El Contrato de Alianza de Pontchâteau, 4 de mayo de 1709).

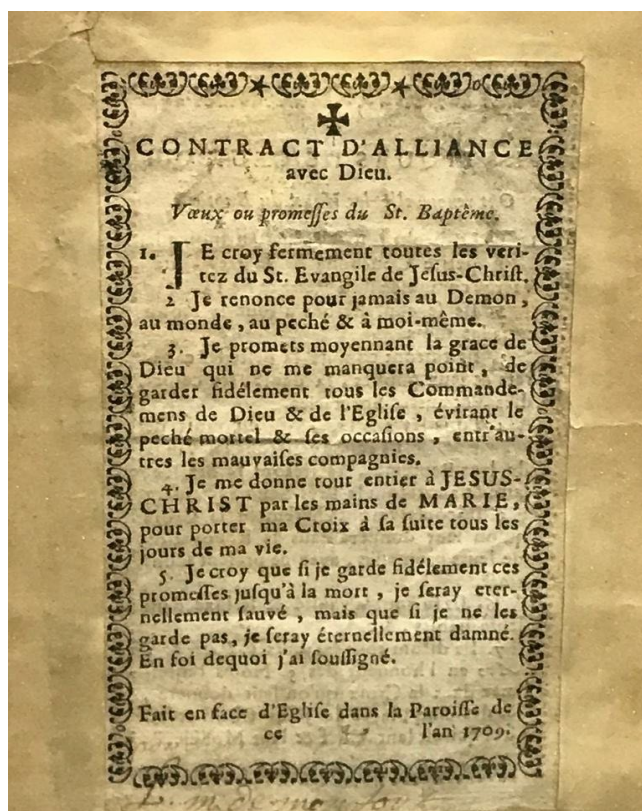
La renovación de las promesas del santo Bautismo por las manos de María - el punto culminante de las misiones de Montfort - expresaba, pues, el compromiso solemne, sellado en el CONTRATO DE ALIANZA, de vivir como verdaderos cristianos.

2. Su enseñanza sobre el bautismo

A través de estos escritos ² nuestro misionero deja emerger al menos 4 aspectos característicos de su enseñanza sobre el santo Bautismo.

2.1. Bautismo y cristocentrismo

Lo primero que se desprende de estos textos y de su contexto es el cristocentrismo de Montfort. El acto de consagración, que no es más que una perfecta renovación de los votos y promesas del santo bautismo (VD 120.126), se dirige en primer lugar a Jesús, Sabiduría eterna y encarnada (ASE 223) y debe conducir a ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo (VD 120): «*Me entrego totalmente a Jesucristo*». Según el espíritu de la Escuela francesa de espiritualidad, la vida bautismal es esencialmente la vida de Jesús en nosotros. Jesús no es solo el maestro que se escucha, sino que es más la vida misma de nuestra vida. Es la aplicación integral de la frase de san Pablo en Ga 2,20: «*Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*» y esta identificación se realiza a través de la formación de Jesús en nosotros (cf. Ga 4,19) gracias a la obra del Espíritu Santo y a la colaboración de la Virgen María.



La infidelidad a los compromisos bautismales es, ante todo, infidelidad a Jesucristo: *«¡Ay! Ingrato e infiel que soy, no os he guardado los votos y las promesas que os hice tan solemnemente en mi bautismo»* (ASE 223).

2.2. Bautismo y consagración

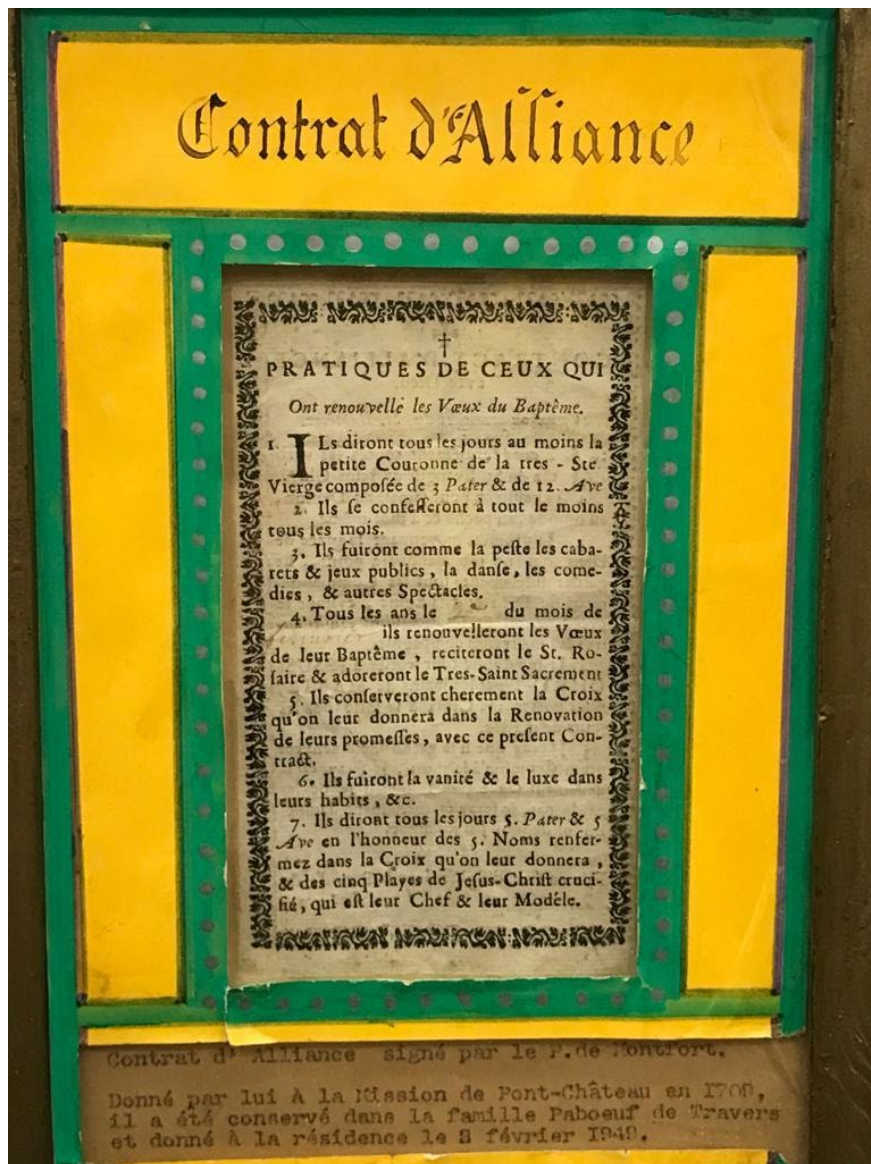
Lo que más parece caracterizar la enseñanza de Montfort sobre el bautismo (y la renovación de los compromisos bautismales) es su insistencia en hablar de él como de una «consagración a Jesucristo»: **el bautismo nos «consagra a Jesucristo»** (VD 129). Es «consagrado», en terminología bíblica, lo que está separado y reservado (persona o cosa) para el culto de Dios y su servicio (= el servicio de su obra en el mundo). En la economía cristiana de la salvación, no hay consagración a Dios más que en unión con Jesucristo y **dentro de su propia consagración**. En efecto, el acto de consagración más elevado jamás emitido entre los hombres a la gloria de Dios es el realizado por Jesucristo desde su entrada en este mundo (Hb 10,5-10). Esta consagración en unión a Jesucristo y a su consagración al Padre se realiza sacramentalmente y fundamentalmente mediante el bautismo: haciéndose miembro del Cuerpo de Cristo por participación en su vida divina, el nuevo bautizado se encuentra establecido en la pertenencia filial de Jesucristo a Dios Padre y entra en el movimiento de su vida toda consagrada al Padre y ordenada a su servicio... hasta la obediencia de la cruz. Al consagrarnos a Jesucristo, el bautismo nos establece con Él en una relación de pertenencia y dependencia, para el cumplimiento de la voluntad de Dios, en lo que consiste nuestra santidad.

2.3. Bautismo y esclavitud de amor

Montfort insiste en la relación de pertenencia-dependencia que el sacramento establece del bautizado a Jesucristo, por el término que le parece más adecuado: el de esclavo (y *sus derivados*): *«De lo que Jesucristo es para nosotros, debemos concluir, con el Apóstol (, que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que somos totalmente suyos, como sus miembros y esclavos»* (VD 68). Al llamar repetidamente la atención sobre esta dependencia, Montfort quiere ciertamente subrayar la novedad radical introducida en el ser del bautizado, pero más aún la novedad del tipo de vida al que se ha comprometido en el seguimiento de Cristo, mediante la obediencia a sus mandamientos. Hay un antes y un después: *«Antes del bautismo estábamos en el diablo como sus esclavos, y el bautismo nos ha devuelto a los verdaderos esclavos de Jesucristo, que solo deben vivir, trabajar y morir para fructificar para este Dios-Hombre»...* (Ibid.). La misma afirmación se repite varias veces bajo la pluma del misionero (cf. VD 73, 126; SM 34). Justificando el uso de cadenas como signo de esta dependencia (en referencia a las cadenas de los esclavos), Montfort escribe: *«Estas cadenillas sirven admirablemente al cristiano para traerle a la memoria las cadenas del pecado y de la esclavitud del demonio de las cuales lo libró el Bautismo y de la servidumbre que en el Santo Bautismo»* (VD 238).

Utilizando el término esclavo para traducir la total dependencia consagrada, Luis María se refiere a la aplicación que se hace de él para Cristo, para María, al uso que los Apóstoles, los Padres de la Iglesia, los Concilios (cf. VD 72,126-130).

Pero Montfort tiene mucho cuidado a explicar y precisar que esta forma de esclavitud es muy distinta de la esclavitud de naturaleza o de coacción, **y que no es degradante ni deshumanizante**. Por el contrario, es un estado de dependencia elegido por amor, con toda lucidez y responsabilidad. Es incluso la cumbre de la libertad y del amor, porque en la libertad se sabe entregarse totalmente a la persona amada, como un esclavo de amor: *«La esclavitud de voluntad es la más perfecta y gloriosa a Dios, que mira el corazón y pide el corazón»* (VD 70). *«Afirmando que debemos pertenecer a Jesucristo y servirle [...] como esclavos de amor, que, por efecto de un intenso amor, se entregan y consagran a su servicio en calidad de esclavos por el único honor de pertenecerle. [...] El Bautismo nos transformó en esclavos de Jesucristo»* (VD 73; cf. SM 34; C 139, 32).



2.4. Bautismo y Fidelidad

La experiencia decía al Padre de Montfort que **todos los bautizados son infieles** - en diversos grados ciertamente, pero realmente - a las obligaciones contraídas con Jesucristo en el santo Bautismo y, por tanto, al amor que debería inspirarlos (cf. ASE 223).

Entre las **causas de la infidelidad**, la atención del misionero parece privilegiar dos: **1) el olvido y la ignorancia** (cf. VD 127.128) donde están la mayoría de los cristianos en cuanto a las realidades bautismales y a la necesidad de vivir su espíritu conforme a las promesas hechas; **2) las dificultades inherentes a nuestra naturaleza pecaminosa**: tendencias al mal que permanecen en nosotros, debilidad ante las exigencias de la vida bautismal, como ante las tentaciones del mundo y del demonio.

El gran remedio contra el olvido y la ignorancia no puede ser **sino iluminar a los cristianos sobre el sentido, la grandeza y las exigencias de su bautismo** para llevarlos a renovar personalmente, con toda conciencia y responsabilidad, «las promesas y los votos». Se trata de una renovación y de una ratificación personal, consciente y voluntaria, del «Contrato de alianza» hecho con Dios por los padrinos (cf. VD 127; 129-131).

Como el Padre de Montfort, nuestra capacidad a valorizar el santo bautismo estará a la medida de nuestra propia convicción sobre la grandeza maravillosa y la importancia fundamental de este sacramento. Nos beneficiamos de una teología del bautismo que se ha renovado profundamente al encontrar las riquezas de la tradición (investigaciones bíblicas e históricas), y acogiendo las aportaciones nuevas de las ciencias humanas (pedagogía, papel de los ritos simbólicos en todos los ámbitos de la vida social). Sería imperdonable

no alimentar nuestra fe y nuestro apostolado. Misión y nueva evangelización no pueden menos de apoyarse en una nueva toma de conciencia de la identidad cristiana engendrada en el bautismo.

La segunda causa que explica la infidelidad de los cristianos a sus compromisos, y que ha llamado especialmente la atención de Montfort, son las dificultades mismas que vienen de sus tendencias al mal - incluso después del bautismo y la renovación de los votos bautismales - y de su debilidad frente al bien que hay que hacer y a las tentaciones que hay que sostener contra el mundo y el demonio. Ante estas dificultades, que Montfort describe con insistencia, recuerda y pone de relieve el papel particular querido por Dios a **María** ante nosotros y **el apoyo que conviene tomar sobre su ayuda materna y su poderosa intercesión**. Cuanto más confiamos en esta Madre espiritual, más fácilmente podrá ayudarnos a caminar con fidelidad y a tender a la perfección. Este es el sentido de la primera parte de la VD (cf. 117-118): *Siguiendo su ejemplo todos los días de mi vida*.

La santidad es nuestra vocación asegurada (cf. SM 3) y es el objetivo que Montfort propone a quienes renuevan los compromisos de su bautismo. Y para asegurar mejor su fidelidad, a pesar de sus debilidades y dificultades, los invita a tomar el medio incomparable de una verdadera y perfecta devoción a María (cf. VD 130). En efecto, *«cuanto más te consagres a María, tanto más te unirás a Jesucristo. La perfecta consagración a Jesucristo es, por lo mismo, una perfecta y total consagración de sí mismo a la Santísima Virgen. Esta es la devoción que yo enseño, y que consiste en otras palabras en una perfecta renovación de los votos y promesas bautismales»* (VD 120).

II. NUESTRA VOCACIÓN BAUTISMAL Y EL COMPROMISO MISIONERO

Montfort describe la perfección de todo bautizado como *«ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo»* (VD 120). En estos tres verbos se puede encontrar el «camino montfortiano» de desplegar nuestra vocación de discípulos-misioneros. En primer lugar, el verbo **«conformarse»** resume todo paso de conversión que caracteriza la vida del bautizado; se trata de renunciar a la esclavitud de Satanás para vivir una vida nueva hasta la edad de Jesucristo. En el verbo **«unirse»** se reconoce la llamada a vivir una auténtica relación de amor con Jesús, y el santo Bautismo no es más que la base de esta relación privilegiada. En tercer lugar, en el verbo «consagrarse» describe - como acabamos de explicar - el ser separado para servir plenamente a la misión de Cristo en el mundo.

Cumplimos nuestra vocación bautismal cuando nuestra identidad se conforma a la de Jesucristo; pero solo nos conformamos si, en primer lugar, estamos unidos y unidos porque hemos sido consagrados a él como un sarmiento injertado en la viña (cf. VD 61). El sarmiento se separa para ser injertado en la vid verdadera o unido a ella y corresponde a la gracia bautismal que abre la conciencia del amor de Dios: somos hijos amados del Padre, miembros vivos del Cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo. Esta unión consciente permite al sarmiento injertado vivir del mismo humus de la vid, tener la misma savia interior, tener la misma forma convirtiéndose en una sola realidad con la vid. Por último, el sarmiento se vuelve perfecto, es decir, operativo, y produce fruto para la vid, es decir, el bautizado actúa como otro Cristo.

NUESTRA VOCACIÓN BAUTISMAL

Caminar hasta la plenitud de la edad de Jesucristo

Esta identificación con Cristo comienza en el bautismo, pero a menudo no crece o tarda en alcanzar esa madurez que produce frutos duraderos y abundantes de «vida según el Espíritu». Como Montfort no quiere que la madurez sea el privilegio de algunos, propone un medio infalible revelando que quien se da a María se conforma a Cristo, porque todo lo que ofrecemos a María, ella lo *«cristifica»* en colaboración con el Espíritu Santo. En efecto, María, como ella formó la Cabeza, así también forma el Cuerpo, cada miembro de este Cuerpo. Así, nadie como María realiza nuestra plena conformidad con Cristo su Hijo que vive en María: consagrándonos a María recibimos el mismo pensamiento de Cristo (cf. 1Co 2, 15-16), sus mismos sentimientos (cf. Flp 2,5ff), su corazón para poder vivir y amar como Él.

María conduce al discípulo a la «**plenitud de la edad de Jesucristo**» en la tierra (cf. Ef 4, 13), es decir, a la santidad. Montfort utiliza esta expresión nueve veces en sus escritos ³. Retomando la tradición de la escuela francesa de espiritualidad y de los Padres de la Iglesia, ve la misión de María al servicio de la generación de Cristo en nosotros hasta su madurez, que se manifiesta en el sacrificio de amor en la cruz. Con la propuesta de treinta y tres días de preparación para la consagración, Montfort alude a la edad de Cristo en la tierra y, por tanto, a su madurez alcanzada realizando plenamente la obra del Padre (cf. Jn 17, 4). El objetivo de la verdadera devoción es, pues, llevarnos a esta madurez poniendo en práctica los "**consejos evangélicos de santidad**", que Jesús no deje de dar a quienes quieren crecer y perfeccionarse en la caridad. Y Montfort concluye: « *Cualquiera, pues, que desee avanzar, sin temor a ilusiones cosa ordinaria entre personas de oración, por los caminos de la santidad y hallar con seguridad y perfección a Jesucristo, debe abrazar de todo corazón, con corazón generoso y de buena gana, esta devoción a la Santísima Virgen, que tal vez no haya conocido todavía [...] Entremos, pues, por este camino y avancemos en él, día y noche, hasta la perfecta madurez en Jesucristo.* » (VD 168).

Montfort describe la manera en que María se ocupa de nuestro crecimiento como una gestación perenne que conducirá a estar madura para el cielo: « *todos los predestinados para asemejarse realmente al Hijo de Dios están ocultos, mientras viven en este mundo, en el seno de la Santísima Virgen, donde esta bondadosa Madre los protege, alimenta, mantiene y hace crecer... hasta que les da a luz para la gloria [...]. ¡Oh misterio de la gracia, desconocido de los réprobos y poco conocido de los predestinados!* » (VD 33). La acción de María hacia nosotros es una obra de transformación, a la que María se compromete, en colaboración con el Espíritu Santo, como en una misión desde el momento en que la acogemos verdaderamente en nuestra vida como nuestra madre, modelo y formadora.

Se trata de una espiritualidad adulta que lleva a término la gracia bautismal. « *Es en el seno de María que rodeó y engendró a un hombre perfecto ⁴ y pudo contener a Aquel a quien no puede abrazar ni contener el universo, los jóvenes se convierten en ancianos por la experiencia, luz, santidad y sabiduría, y llegan en pocos años a la plenitud de la edad en Jesucristo* » (VD 156).

Esta relación con María ayuda a vaciarse de su amor propio o espíritu del mundo. Si no estamos vacíos de este espíritu del mundo, no podemos estar llenos del Espíritu de Cristo y por lo tanto conformarse a Él. Para vaciarse, ante todo hay que conocer bien, con la luz del Espíritu Santo, nuestras malas inclinaciones, nuestra incapacidad para todo bien útil para la salvación, nuestra debilidad en todo, nuestra inconstancia en todo momento, nuestra indignidad de toda gracia y nuestra iniquidad en todo lugar (cf. VD 79). Este conocimiento de nosotros mismos según el Espíritu, es decir, con los ojos de Dios, nos lo da María. « *Gracias a la luz que te comunicará el Espíritu Santo por medio de María, su querida Esposa, conocerás tu mal fondo, tu corrupción e incapacidad para todo lo bueno, si Dios no es su principio como autor de la naturaleza o de la gracia* » (VD 213). El verdadero conocimiento de sí mismo nos permite « *morir todos los días a nuestro egoísmo, es decir, renunciar a las operaciones de las potencias del alma y de los sentidos, ver como si no viéramos, oír como si no oyéramos, servirnos de las cosas de este mundo como si no nos sirviéramos de ellas. Es lo que San Pablo llama morir cada día: ¡Quotidie morior!* ⁵ » (VD 81). La acción de María, como Rebeca (cf. VD 197ff), prepara nuestra alma y nuestro cuerpo para agradar a Dios, porque María conoce mejor que nadie lo que agrada a Dios.

María facilita también la unión con Jesucristo porque su intercesión atrae en nosotros a Jesucristo, la Sabiduría divina, como un imán tan poderoso que, dondequiera que esté, Jesucristo no puede dejar de llegar. Escuchemos este hermoso pasaje que describe la intercesión de María como un imán sagrado: « *María es el imán sagrado que dondequiera que esté atrae tan fuertemente a la Sabiduría eterna, que ésta no puede resistir. Es el imán que la atrajo a la tierra para los hombres, y la sigue atrayendo todos los días a cada una de las personas en que Ella mora. Si logramos tener a María en nosotros, fácilmente y en poco tiempo, gracias a su intercesión, alcanzaremos también la divina Sabiduría* » (AES 212).

María ayuda a ser verdaderamente consagrada a Jesús. La cuarta práctica interior de hacer todo al servicio de María, tiene como objetivo y fruto hacer todo al servicio de Jesús y darle gloria. El objetivo de la consagración montfortiana es hacer todo por la gloria de Dios Solo. Perderse en María, es decir, ser completa y con amor abierto a su influencia efectiva, convertirse en copias vivas de esta mujer, que « *es toda relativa*

a Dios [...] la relación de Dios, que solo está en relación con Dios, o el eco de Dios, que solo repite Dios» (VD 225), esto es - escribió bien el P. Gaffney ⁶ - ser uno con la gloria personal de Dios Jesús, y por Él, en la fuerza del Espíritu, ser uno con el Padre, Dios solo, que solo quiere la salvación de todos en su Hijo, Jesucristo (cf. Jn 6,40).

NUESTRO COMPROMISO MISIONERO

Valientes y valientes soldados de Jesús y María

Uno se conforma a Cristo para dar fruto, como dice Montfort en VD 68: *«Antes del bautismo pertenecíamos al diablo como sus esclavos, y El Bautismo nos ha convertido en verdaderos esclavos de Jesucristo, que no debemos ya vivir, trabajar ni morir sino a fin de fructificar para este DiosHombre (Rom 7,4), glorificarlo en nuestro cuerpo y hacerlo reinar en nuestra alma, porque somos su conquista, su pueblo adquirido y su propia herencia ⁷. Por la misma razón el Espíritu Santo ⁸ nos compara: 1. árboles plantados junto a la corriente de las aguas de la gracia, en el campo de la Iglesia, que deben dar fruto en tiempo oportuno; 2. los sarmientos de una vid, cuya cepa es Cristo, y que deben producir sabrosas uvas; 3. un rebaño, cuyo pastor es Jesucristo, y que debe multiplicarse y producir leche; 4. una tierra fértil, cuyo agricultor es Dios, y en la cual se multiplica la semilla, y produce el treinta, el sesenta, el ciento por uno ».*

¿Cuál es el fruto de nuestra identificación con Cristo sino de establecer su Reino en todos los corazones? Esta era, en efecto, la misión de Montfort en la Iglesia: recordar a los cristianos la grandeza y las exigencias de su bautismo, que los configura con Cristo y los compromete, siguiendo su ejemplo, **al servicio de su Reino**.

1. Al servicio del Reino de Cristo por María

Montfort desea ardientemente un escuadrón de hombres y mujeres ⁹ que, llenos del Espíritu Santo, serán instrumentos del advenimiento del Reino de Cristo (cf. VD 114). Los llaman **los apóstoles de los últimos tiempos que viven la perfecta consagración bautismal a Jesucristo** por las manos de María.

La demarcación montfortiana de la consagración impulsa a quienes la viven a construir el Reino de Cristo a toda costa. Quien vive auténticamente la consagración es necesariamente un apóstol del Reino de Cristo. Como dice insistentemente Montfort, la devoción a la Virgen María, y especialmente la consagración perfecta, es una condición necesaria para estos apóstoles. No solo los mantiene en el Reino de Dios, que busca **la comunión** entre Dios y la humanidad y la comunión de los seres humanos, sino que es el arma que les permite conquistar el imperio de Satanás, es decir, toda división. Con el ejemplo de su vida y de su apostolado participarán en esta incursión en el reino de Satanás y plantarán *«el estandarte de la victoria de la cruz de Cristo rey»* (cf. VD 59; PE 29): *«[Señor] a fin de que no haya sino un solo rebaño y un solo pastor y que todos te rindan gloria en tu templo »* (PE 30). Deben estar llenos del espíritu de María, esposa del Espíritu Santo; deben ser hijos de María, y por tanto apóstoles de su Hijo, que sin temor extienden su reino de paz, de justicia y de amor, sobre todo en los corazones y entre los pobres, los sin voz, los que la sociedad rechaza (cf. VD 47-48). El servicio a este Reino pasa por la aceptación diaria de la cruz de los que siguen a Jesucristo la Sabiduría eterna.

El Reino de Jesucristo no tiene en primer lugar connotaciones de territorio, país o dominio, pero, - nos dice Montfort - consiste principalmente en el corazón o el interior del hombre - según esta palabra *«El reino de Dios está dentro de vosotros, del mismo modo que el reino de la santísima Virgen está principalmente en el interior del hombre, es decir, su alma»* (VD 38; cf. VD 113) ¹⁰. No es que San Luis María no contemple la transformación final y última del universo. Habla de un Reino que incluye la reforma de la Iglesia y la renovación de la faz de la tierra (PE 17), y también de grandes cosas que se realizarán *«en el mundo»* (SM 59), *«en la tierra»* (VD 272). Sin embargo, esto solo puede lograrse transformando el corazón de los hombres. A esta transformación interior de la humanidad - resultado del dominio dinámico, profundo y efectivo del amor de Jesucristo por María - Montfort consagra toda su vida y sus escritos, para que se lleven a cabo verdaderamente una evidente reforma de la Iglesia y una renovación visible de la faz de la tierra.

La espiritualidad montfortiana contempla, pues, una revolución de amor para que el Reino de Cristo sea

efectivo. Invirtiendo los valores reconocidos en el mundo para sustituirlos por las exigencias radicales de Jesucristo. La fuerza de esta misión sólo puede ser sentida por las personas de fe que, bajo la poderosa influencia de María, su Madre y Reina, renuncian libremente a sí mismos y se lanzan de corazón a la vida de una renovada y vigorosa vocación bautismal.

1. Como el Discípulo amado

¿Cuál es el ejemplo concreto del discípulo misionero al servicio del Reino de Cristo, sino el «discípulo amado»? Con la invocación «haz de mí un discípulo tan perfecto de Cristo Sabiduría», cada persona consagrada pide a María que se convierta en el «discípulo amado» de Jesús, el único discípulo mencionado explícitamente por Montfort en estos escritos ¹¹. En dos textos (cf. VD 179; 216) Montfort retoma la frase con la que el Cuarto Evangelio concluye la escena de Jesús en la cruz con la Madre y el discípulo que Jesús amaba: «*A partir de aquella hora, el discípulo la tomó en su casa*» (Jn 19,27). Dos veces Montfort pone la frase directamente en los labios del discípulo amado, subrayando que tomar a María en casa es una decisión personal que obedece a la invitación de Jesús. El bautizado que vive la consagración montfortiana hace esta elección explícita, participando así en la experiencia del discípulo amado. Al pedir a María que nos haga el discípulo amado, se implora la gracia, pero también la valentía y la perseverancia de hacer esta opción explícita de acoger a María en la vida y en la misión. ¿Cuál es la experiencia vivida por el discípulo amado llevando a la Madre a su casa?

Montfort dice que es ante todo **una experiencia de felicidad**, porque el discípulo es rico en María, que no es más que «*el tesoro mismo de Dios*». Montfort expresa la felicidad de quien lo ha dado todo a María, ya que, siendo todo a María, María es toda suya: *Puede decir audazmente con David [es decir, con el salmista ndr]: Haec facta est mihi ¹²: María es para mí; o, con el discípulo amado: Accepi eam in mea ¹³. La he tomado por todo mi bien, o, con Jesucristo: Omnia mea tua sunt ¹⁴, y Omnia tua mea sunt: Todo lo que tengo es tuyo, y todo lo que tienes es mío* » (VD 179). Es la alusión a tres referencias bíblicas. La primera y la tercera no se refieren a María, sino a la Ley de Dios y a Dios Padre, frases pronunciadas por el salmista y por Jesús. Así, Montfort asocia la alegría del salmista por la Ley de Dios y la alegría de Jesús, que comparte todo con su Padre, a la experiencia de aquel que da todo a María, para invitarnos a gustar la alegría del discípulo amado cuando dice: «*He tomado a María por todo mi bien*». Este amado discípulo es en realidad todo bautizado que se consagra a Jesús por María. Que es feliz el discípulo «*todo de María*» que sabe que María es su gran tesoro y que nada se perderá en ella. ¡En efecto, todo está guardado, embellecido y realizado!

En segundo lugar, es una **experiencia de paz**, ya que María llena al discípulo de una gran confianza en Dios y en sí misma. Montfort dice que el discípulo puede dirigirse a María en cualquier momento y decirle: «*Te he tomado, Santa Madre, por todo mi bien*». Al invitar al bautizado a dirigirse a María con estas mismas palabras, Montfort subraya la gran confianza que el discípulo vive como fruto maravilloso de su camino de consagración (cf. VD 216). La verdadera devoción forma en nosotros la misma confianza que un niño tiene en su madre: «*Esta devoción hace que recurras a la Santísima Virgen en todas tus necesidades materiales y espirituales con gran sencillez, confianza y ternura, e imploras la ayuda de tu bondadosa Madre en todo tiempo, lugar y circunstancia: en las dudas, para que te esclarezca; en los extravíos, para que te convierta al buen camino; en las tentaciones, para que te sostenga; en las debilidades, para que te fortalezca; en las caídas, para que te levante; en los desalientos, para que te reanime; en los escrúpulos, para que te libre de ellos; en las cruces, afanes y contratiempos de la vida, para que te consuele. Finalmente, en todas las dificultades materiales y espirituales, María es tu recurso ordinario, sin temor de importunar a tu bondadosa Madre ni desagradar a Jesucristo*» (VD 107). Como el discípulo amado, el discípulo de Cristo ya no vive sin María, que se convierte entonces en su recurso principal y constante, porque vive todo con ella, por ella, en ella y por ella en unión con Jesús, el Hijo de María.

Quien, como el discípulo amado, ha llevado verdaderamente a María consigo y persevera en ella, vive pues la alegría del céntuplo gracias al tesoro infinito que encuentra en María y vive en cada momento la paz y la confianza de tener siempre a María como Madre, modelo y formadora de su libertad. «*Liberos: Verdaderos hijos e hijas de María, tu Madre santísima, engendrados y concebidos por su amor, llevados en su seno,*

pegados a sus pechos, alimentados con su leche, educados por su maternal solicitud, sostenidos por su brazo y enriquecidos con sus gracias» (PE 11).

Conclusión

En este recorrido en torno al santo bautismo, hemos descubierto cómo Montfort propone el camino de la consagración como un camino eficaz para quienes desean vivir fructuosamente su vocación y misión bautismal. Esta propuesta es fruto del corazón de un misionero y maestro de vida espiritual, como lo era san Luis María, que ante el misterio del amor de Dios que se nos comunica en Jesucristo ha elaborado una síntesis de la mejor tradición teológica y espiritual para ofrecernos un *camino fácil, corto, perfecto y seguro* (cf. VD 168) que nos conforma, nos une y nos consagra a Jesucristo para la gloria de Dios solo y la salvación de las almas.

P. Marco Pasinato